

En toda edición de la Biblia hay que tener presentes un conjunto de consideraciones que la hacen adecuada para unos lectores determinados en un ambiente determinado. La Biblia es un texto del pasado y es un texto del presente, es un texto particular —de Israel y de la Iglesia primitiva— y es también universal. Por ello, la traducción, como toda traducción de un texto del pasado, tiene que ser fiel a los escritos originales y tiene que buscar la actualidad. Pero, además, en el caso de la Biblia no puede obviarse la tradición, y, con ella, las traducciones que muchos términos han recibido ya en el pasado que han configurado la doctrina de la Iglesia. En lo que se refiere a las notas, las introducciones y, en general, toda explicación del texto, la orientación de los comentarios puede ir por el camino de la historia, de la doctrina, de la relación entre los diversos textos, etc. Por todo ello, lo que hay que tener en mente es el lector al que se dirige la Biblia. Además, si se pretende que sea un libro de uso, hay que tener en cuenta que la Biblia es, al final, un libro largo; por tanto, las notas no pueden ser muy extensas si no es a riesgo de la incomodidad del tamaño o de tener que editar varios volúmenes.

Por los datos apuntados más arriba es fácil ver que ésta es una edición popular, que pretende poner a disposición del pueblo de Dios el texto de la Biblia de manera que pueda ser entendido. Las anotaciones —introducciones, notas al pie, etc.—, por tanto, no pueden ser muy extensas. En el tono de la edición se ha procurado que se refleje de alguna manera el pensamiento moderno de la exégesis sobre la composición de los textos. Las notas son de carácter histórico aunque no especializado. La traducción es clara y busca el léxico conocido. La distribución de los libros se hace, en el Antiguo Testamento, según el modelo

del canon hebreo al que se le suman los llamados libros deuterocanónicos. Éste tal vez sea el aspecto más discutible de la edición, aunque es correcto. La edición se acompaña ocasionalmente de mapas y cronologías claros.

Por lo que se ha dicho más arriba es evidente que, hoy en día, una edición de la Biblia implica una elección de motivos, pues todo a la vez —historia, doctrina, y en pocas páginas— no se puede dar. Los autores eligen un camino para que el Pueblo de Dios pueda tener a mano el libro del Pueblo de Dios.

Vicente Balaguer

Fernando RAMOS PÉREZ, *Ver a Jesús y sus signos, y creer en él*, Pontificia Univ. Gregoriana, Roma 2004, 650 pp., 15 x 22, ISBN 88-7652-989-6.

Se trata de un amplio estudio exégetico y teológico sobre el uso que se hace en el IV Evangelio de los verbos de visión, cuya alta frecuencia es notoria y significativa en el texto joánico. También se hace notar la abundancia de expresiones referentes al acto de creer. Por otro lado ambos términos se usan juntos, de tal forma que hay una relación entre ellos. Este hecho constituye el eje de este trabajo. Para ello se estudia el texto tal como nos ha llegado, prescindiendo de las posibles capas redaccionales del texto. Dentro de las posibilidades del método sincrónico, se ha optado por el método de *análisis de estructura literaria*, que «consiste básicamente en enfrentar el análisis de un texto desde una perspectiva literaria» (p. 8).

La obra se divide en cinco capítulos. En el primero se estudia cómo se presentan los verbos ver y creer. Luego, capítulo segundo, entra en la parte analítica donde estudia la relación entre

ambos verbos. Los dos capítulos siguientes continúan el estudio de dicha relación, pero ya desde una perspectiva positiva centrándose en los signos realizados por Jesús, en cuya persona se centra el capítulo cuarto. En el último se señalan de forma resumida los aspectos estudiados, así como la teología del ver y el creer en el IV Evangelio.

Al tratar los discursos de Cafarnaún, alude a las opiniones sobre su carácter sapiencial o eucarístico. Opta por la opinión de León-Dufour que estima la índole sapiencial y eucarística de ambos discursos. Sin embargo, nos parece que el primer discurso, sin dejar su conexión con la Eucaristía, acentúa el matiz sapiencial con la referencia a Jesucristo como Pan de vida y sus contactos con el léxico sapiencial. El segundo discurso es más explícitamente eucarístico llamando a Jesús el Pan vivo.

También en estas perícopas de Jn 6 presenta un estudio meticuloso de la estructura, cercana a la Caba pero diversa. Sin negar el valor en orden a explicar el texto, así como enorme trabajo de análisis que implica el método estructural, se tiene la impresión de que las conclusiones son en gran parte subjetivas, pues es muy raro que haya unanimidad entre los estudiosos, que se empeñan en presentar su propia estructura (cfr. pp. 281 ss).

Al hablar del Bautista hace una distinción que recuerda la del Cristo de la fe y el Jesús de la historia (cfr. p. 393). En efecto, distingue entre el Bautista histórico y el Bautista joanneo. Aparte de la poca originalidad, nos parece que habría que matizar pues da la impresión que el relato va por un lado y la realidad por otro.

Afirma que los relatos de la vocación de los primeros discípulos tienen sus paralelos en los Sinópticos. Es cierto en

cuanto el hecho de la llamada, pero de ahí no pasa el paralelismo. Él mismo reconoce que el relato joánico es singular y característico. Cuando habla de la fe de Juan al llegar al sepulcro acentúa que ocurrió así porque era más joven que Pedro y su amor por el Maestro era mayor (cfr. p. 498). Es una consideración con cierto valor psicológico, pero en realidad el relato dice que al ver el sudario colocado aparte y la sábana plegada fue cuando creyó. En la p. 547 matiza al decir que «el Discípulo amado al ver la tumba vacía, los lienzos envueltos y el sudario creyó...». De todas formas insiste que «su vista fue potenciada por el amor...».

Al final señala que la importancia de la visión de lo material como base para la fe, es decir, la capacidad de mirar más allá de lo aparente es imprescindible para recibir el don de la fe, «sin necesidad de tener que recurrir a visiones estáticas o revelaciones espirituales, las que siempre pueden tener una alta connotación subjetiva». También considera que después de la Encarnación y de la Resurrección de Cristo el abismo que separa a la criatura de su Creador se ha superado con creces, pues desde entonces hemos aprendido que podemos llamar Padre a Dios, «y a Jesús y a los otros hombres: *hermano...*».

Antonio García-Moreno

TEOLOGÍA FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

Eloy BUENO DE LA FUENTE, *La dignidad de creer*, BAC («Estudios y Ensayos», 81), Madrid 2005, 304 pp., 13 x 20, ISBN 84-7914-788-1.

El Profesor de la Facultad de Teología de Burgos y actual Decano de la misma, completa su anterior obra *Espa-*